

la habitación. La generala estaba á punto de volver á sufrir un síncope; pero adoptó el partido de correr en pos de él. Todos la siguieron, incluso mi tío. Cuando volví en mí, solo quedaba en la sala Ejevikine que sonreía, frotándose las manos.

—Me ha prometido usted contarme la historia de un jesuita,—me dijo con voz blanda.

—¿Qué dice usted?—preguntó sin comprender de qué podría tratarse.

—Sí, me ofreció usted contarme una anécdota acerca de un jesuita.

Corrí hacia la terraza y desde allí salí al jardín. La cabeza me daba vueltas.



CAPÍTULO VIII

MALHUMORADO, descontento de mí mismo, vagué por el jardín durante cerca de una hora, reflexionando sobre la actitud que debía adoptar. El sol se ponía. De pronto, á la vuelta de una avenida, me encontré frente á frente con Nastenka. Tenía los ojos llenos de lágrimas que iba secando con su pañuelo.

—Le buscaba á usted—me dijo.

—También yo la buscaba á usted para que me diga si estamos en una casa de locos.

—No está usted en una casa de locos—contestó ofendida y mirándome con fijeza.

—Entonces ¿qué ocurre aquí? Por Cristo, déme usted un consejo. ¿Dónde se ha metido mi tío? ¿Podré ir á buscarle? Me alegro de haberla encontrado á

usted; acaso pueda usted sacarme del apuro.

—No vaya usted á ver á su tío; acabo de dejarle.

—Pero ¿dónde están?

—¿Quién sabe? Acaso hayan ido todos al huerto—me dijo irritada.

—¿A qué huerto?

—La semana pasada Foma Fomitch dijo que no quería seguir más tiempo en esta casa. Se fué á la huerta, cogió una azada y se puso á remover la tierra. Nos asombramos creyéndole loco. Entonces dijo:—«Para que no pueda echárseme en cara el pan que como, el pan que me dan, voy á labrar la tierra; así pagaré con mi trabajo la manutención que he recibido y después me iré. A esto me reducen ustedes.»—Todos se echaron á llorar y se pusieron de rodillas delante de él, intentando arrebatárle de las manos el azadón. El persistía en labrar la tierra; echó á perder todo un sembrado. Como aquella vez consiguió que cediesen todos, es posible que haya vuelto á hacer lo mismo. Debe esperarse todo de él.

—Y ¿puede usted contarme todo eso con sangre fría?—exclamé indignadísimo.

Me miró con sus ojos brillantes.

—Perdóneme; no sé lo que me digo—repuse.—Escuche: ¿Sabe usted á qué he venido aquí?

—No... no...—contestó ruborizándose, y una impresión dolorosa se reflejó sobre su bello rostro.

—Dispénsese—continué.—Me siento transformado. Sé muy bien que debía tomar más precauciones, sobre todo con usted... Pero no importa; pienso que en casos como este lo mejor es la franqueza... Confieso, ó mejor, quiero decir... ¿Conoce usted cuáles son las intenciones de mi tío? ¡Me ha ordenado que pida su mano!

—¡Oh! ¡Qué disparate! No me hable usted de eso, se lo ruego—interrumpió precipitadamente.

Yo estaba azoradísimo.

—¿Cómo disparate? Si me ha escrito...

—¿Le ha escrito á usted?—exclamó vivamente.—¡Después de ofrecerme que no lo haría! ¡Qué disparate, Dios mío, qué disparate!

—Perdóneme usted—balbucí desconcertado.—Acaso he obrado brutalmente, con imprudencia, pero también la circunstancia es excepcional. Piense usted en el atolladero en que nos hemos metido.

—¡Oh, por Dios! No se disculpe usted. Crea usted que me es doloroso oír todo eso, y sin embargo, también yo deseaba hablarle con la esperanza de que me explicase... ¡Le ha escrito á usted! Eso es lo que yo temía. ¡Qué hombre, Dios

mío! ¿Y usted le ha creído? ¿Y ha venido usted al galope? ¿Para qué?

No ocultaba su contrariedad, y ciertamente, no era envidiable la situación en que se encontraba.

—Yo... no esperaba...—dijo con gran confusión,—que el asunto iba á tomar este aspecto... creía, por el contrario...

—¡Ah, creía usted eso!—dijo con alguna ironía.—Va usted á enseñarme la carta que le ha escrito.

—Con mucho gusto.

—Pero no me guarde usted rencor; no se incomode. ¡Bastante desgracia es la nuestra!—suplicó sin que la sonrisa irónica se apartase de sus labios.

—¡Oh, no me tome usted por un tonto!—exclamé vivamente.—Acaso le hayan prevenido á usted contra mí. ¿Habré sido víctima de alguna calumnia? ¿O acaso ha formado usted opinión por el disparate que he hecho? Se equivocaría usted. Comprendo que mi situación pueda parecer bastante ridícula. Pero no se burle usted de mí; se lo ruego. Ni siquiera sé lo que me digo y... la culpa de todo la tienen mis ventidos años.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Esto significa que el que tiene veintidos años lleva la edad en la cara. Así lo he proclamado al llegar cuando dí aquel tropezón en medio de la sala y lo

confirмо ahora con mi actitud en este momento. ¡Maldita edad!

—No, no—dijo Nastenka conteniendo la risa,—estoy persuadida de que es usted bueno, amable, inteligente y le juro que le hablo con franqueza. Lo que ocurre es que tiene usted demasiado amor propio. Eso se corrige.

—Creo que tengo todo el amor propio que debe tenerse.

—¡Cal! ¿Se acuerda usted de la vergüenza que sintió al tropezar? ¿Y con qué derecho ponía usted en ridículo á su bueno y generoso tío, á quien debe usted tanto? ¿Por qué quería echar sobre él el ridículo que pesaba sobre usted? Eso está mal. Nada de eso le favorece á usted y le confieso que en aquel momento se me hizo odioso.

—Es cierto; me porté como un imbécil; más aun, como un cobarde. Bastante castigo tengo conque lo haya notado usted. Regáñeme usted, búrlese de mí, pero escuche; acaso consiga que pueda usted cambiar de opinión—continué arrastrado por un sentimiento extraño.— ¡Me conoce usted tan poco! ¡Quién sabe si cuando nos conozcamos mejor!...

—Por Dios, dejemos eso—exclamó Nastenka impaciente.

—Bueno, dejémoslo. Pero... ¿dónde podré verla á usted?

—¿Cómo, verme?

—Es imposible, Nastassia Evgrafovna, que haya dicho usted la última palabra. Le ruego que me de usted una cita para hoy mismo. Pero ya es tarde. Entonces mañana por la mañana, lo antes posible, haré que me despierten temprano. En el pabellón que hay cerca del estanque. Conozco el camino; cuando pequeño iba mucho allí.

—¿Una cita? ¿Para qué? ¿No podemos hablar ahora?

—Pero es que yo ahora todavía no estoy al corriente de nada Nastassia Evgrafovna. Ante todo necesito hablar con mi tío. Debe contármelo todo y entonces acaso pueda decirle á usted algo importante.

—No, no; de ningún modo—gritó Nastassia;—acabemos enseguida para no volver á hablar más del asunto. Es inútil que vaya usted al pabellón; le juro que yo no iré y le ruego seriamente que no vuelva usted á pensar en tales desatinos.

—Entonces mi tío se ha portado conmigo como un loco—exclamé con insupportable despecho.—¿A qué me hizo venir?... Pero ¿qué ruido es ese?

Estábamos cerca de la casa, desde donde llegaban á nosotros gritos y chillidos atroces.

—¡Dios mío!—dijo palideciendo.—Ya lo preveía yo.

—¿Lo preveía usted? Ahora otra pregunta, Nastassia Evgrafovna; una pregunta que no tengo derecho á hacerla; si me decido es por el bien de todos. Dígame usted y su respuesta quedará sepultada en mi corazón; dígame francamente si mi tío la ama ó no.

—¡Ah! déjese usted de todo eso para siempre—gritó roja de ira.—¿También usted? Si me hubiese querido no habría pensado en casarme con usted—y sonrió amargamente.—¿De dónde ha sacado usted eso? ¿No comprende de qué se trata?... ¿Oye usted esos gritos?

—Es Foma Fomitch.

—Si, es Foma Fomitch; hablan de mí precisamente. Dicen la misma locura que usted; también le creen enamorado de mí. Como soy pobre y débil, no cuesta nada calumniarme; porque quieren casarle con otra le exigen que me eche de casa, que me devuelva á mi familia. Pero él—en cuanto le hablan de eso se enfurece y sería capaz de destrozar al mismo Foma Fomitch... Por eso gritan.

—Entonces ¿es cierto? ¿Va á casarse con Tatiana?

—¿Qué Tatiana?

—Esa simple.

—No es una simple. Es muy buena, y no hay razón para hablar así de ella. Tiene un corazón noble, más generoso

que otros muchos? ¿Es culpa suya el ser desgraciada?

—Perdóneme. Admitamos que sea eso cierto. Pero ¿no se equivoca usted en cuanto al fondo del asunto? ¿De otro modo serían tan benévolos con su padre? Si estuviesen tan animados como usted dice en contra suya, si quisieran echarla de casa, adoptarían otra actitud con él y no le acogerían como le acogen.

—Pero ¿no vé usted lo que hace mi padre en favor mío? Representa el papel de bufón. Le acogen porque ha sabido caer en gracia á Foma Fomtich. Al viejo bufón le agrada tener ahora uno para él. ¿Por quién cree usted que lo hace? Por mí, por mí sola. A él ¿de qué le serviría? Nunca se rebajaría así por él mismo delante de nadie. Puede parecer ridículo á los ojos de algunos; pero es el hombre más noble y honrado que existe. Cree (sabe Dios por qué, pero no será porque esté bien pagada), cree preferible que me quede aquí. Yo le he escrito una carta para disuadirle. Ha venido para buscarme y llevarme mañana consigo. Estamos en el último extremo. Van á sacrificarme y estoy segura de que soy la causa de la disputa. Por mí *le* perseguirán, le perderán. Es para mí como un padre, más que un padre ¿lo entiende usted? No esperaré más. Mañana, mañana mismo me iré.

Quién sabe! Acaso consigan arreglar su boda con Tatiana Ivanovna. Ahora ya lo sabe usted todo, y le ruego que se lo diga á él; yo, sería incapaz de hablarle; nos espían todos, y especialmente, Perepelitzina. Dígale que no se preocupe más de mí, que prefiero comer pan negro en la izba de mi padre, que continuar aquí ocasionándole disgustos. Soy pobre y debo vivir como pobre... Pero ¡Dios mío! ¡Qué estruendo! ¿Qué ocurrirá?... Voy á saberlo, cueste lo que cueste. Les escupiré todo á la cara, y que ocurra lo que quiera. Debo hacerlo. ¡Adiós!

Eché á correr. Yo permanecí allí consciente del papel ridículo que acababa de representar y preguntándome como acabaría aquello. Compadecía á la pobre muchacha, y sentía cuidado por lo que pudiera ocurrirle á mi tío. De pronto, apareció cerca de mí Gavril. Todavía llevaba su cuaderno en la mano.

—Le llama su tío—dijo con un tono grave.

—¿Me llama mi tío? ¿Dónde está?

—En la sala en que se toma el té, donde estuvo usted antes.

—¿Con quién?

—Solo. Le espera.

—¿A mí?

—Ha mandado buscar á Foma Fo-

mitch... El buen tiempo ha pasado—añadió con un profundo suspiro.

—¿Buscar á Foma Fomitch? ¿Y dónde está la señora?

—Tiene un síncope; está en su cuarto. Ha perdido el conocimiento y no hace más que llorar.

Mientras hablabamos así, llegamos á la terraza. Casi era de noche. Mi tío se ocupaba en dar largos paseos por la sala en que había tenido lugar mi encuentro con Foma Fomitch. La habitación estaba iluminada con bujías colocadas sobre las mesas. Al verme, se dirigió á mí y me estrechó las manos con fuerza. Estaba pálido; sus manos temblaban, y de vez en cuando un estremecimiento nervioso le recorría todo el cuerpo.



CAPÍTULO IX

VUESTRA EXCELENCIA

Todo ha acabado; ya está echada la suerte—murmuré en tono trágico.

—¿Qué gritos eran esos?

—Gritos de todas clases.

A mi madre le ha dado un ataque y todo está revuelto. Pero me he decidido y haré lo que deba hacer. No temo á nadie, Serioja. Quiero que sepan que tengo voluntad; lo demostraré. Te he mandado buscar para que me ayudes... tengo el corazón destrozado; pero estoy obligado á obrar con implacable severidad. La verdad no perdona.

—¿Pero qué ha ocurrido?

—Me separo de Foma—contestó mi tío con resolución.

—No podía usted hacer nada mejor—